

MADRES DE CRIANZA, LEVANTANDO VIDA EN EL NORTE DEL TOLIMA. UN ESTUDIO ETNOGRÁFICO SOBRE LAS PRÁCTICAS DE CRIANZA Y ADOPCIÓN *

ANDREA BUITRAGO OSPINA

Antropóloga de la Universidad Nacional de Colombia · Bogotá

A finales de octubre de 2009 visité por primera vez la región del norte del Tolima, en el marco del trabajo del grupo Etnografía y Memoria de Armero, creado y dirigido por el profesor Luis Alberto Suárez y ocho estudiantes más. Todos nos reunimos en ese momento para honrar a las personas fallecidas e investigar acerca de los hechos ocurridos el 13 de noviembre de 1985 en Armero, Tolima¹. Mi indagación en ese contexto se centraba en el papel que los sobrevivientes dan a los niños en sus relatos de la tragedia; antes, durante y después. En esta pesquisa se hizo evidente que gran cantidad de ellos quedaron abandonados en medio del lodo, por la misma naturaleza y magnitud del desastre, situación que aparecía constantemente en las historias. La tragedia parece tocar de manera más contundente a los niños que a cualquier otra persona. Entonces, surge una práctica muy común pero en la cual pocas veces reparamos: la gente se reúne en torno a esos niños, los apadrina, los cuida e incluso, en algunos casos, los adopta como sus hijos al salir de Armero.

Al pensar un poco más a fondo la situación, me percaté de que en ese momento ya conocía a varias personas en la región que criaban o criaron “hijos ajenos”, sin que esas personas tuvieran necesariamente relación con la tragedia de Armero. La gente se refiere a estas personas como “mi mamá de crianza” o “mi papá de crianza”, reconociendo en ese proceso una fuerza vital e imperecedera, que vincula a los hijos

* Artículo de investigación recibido: 26 de junio de 2013. Aceptado: 20 de noviembre de 2013.

- 1 En la noche de ese día la actividad volcánica del Nevado del Ruiz provocó el deshielo de parte del casquete glaciar. Ese cúmulo de lodo, piedras, árboles descendió por el cañón del río Lagunillas, que nace del mismo nevado, y desembocó con toda su fuerza en el valle del río Magdalena. En ese punto exacto de las planicies del Tolima se ubicaba Armero, que esa noche desapareció con al menos 25.000 personas.

con quien los cría durante toda la vida. Por esto, el presente texto es una apuesta comprensiva que busca acercarse a tres madres de los municipios de Murillo y Líbano, departamento del Tolima, quienes a lo largo de sus vidas han sido “madres de crianza”. Estas historias develan un sistema de prácticas y conocimientos que opera y se reproduce en la sociedad, que define la forma como deben ser cuidados, alimentados, aseados y acompañados los hijos a través de su crecimiento, hasta que están “levantados”. Es en este largo proceso, en el que es necesario entregar la vida para levantar vida, donde se define y se fortalece el vínculo entre una madre y su hijo, lo haya parido o no. Es decir que para comprender las lógicas de la adopción en este contexto, es necesario comprender las lógicas y los intercambios presentes en la crianza de los hijos.

ADOPCIÓN: NATURALEZA Y CULTURA PARA LA ANTROPOLOGÍA²

La definición de “adopción” que se encuentra plasmada de manera silenciosa en este trabajo puede acogerse a la expuesta por la antropóloga Signe Lise Howell en su texto de revisión “Adoption of the Urelated Child: Some Challenges to the Anthropological Study of Kinship”. La adopción es comprendida como la práctica en la que niños, por diferentes razones, son criados por adultos que no son sus padres biológicos, son tratados como miembros de la familia en la que viven y son aceptados como tales por otros³ (Howell 2009, 150).

Sobre este punto de partida hay que hacer dos anotaciones fundamentales. Primero, en repetidas ocasiones en el trabajo de campo ha sido evidente que las personas —madres, hijos y la comunidad— no desconocen el carácter adoptivo de las relaciones; es decir que la relación “natural” o “biológica” dada por la gestación y el parto no es desconocida entre las madres y sus hijos de crianza. De allí que al referirse al parentesco “biológico”, surja entre las personas la expresión “esa es la mamá propia” o “la abuela propia”. Incluso, en muchas ocasiones las señoras expresan que cuando se

2 Para facilitar la comprensión de este apartado se recomienda consultar los anexos 1 y 2 en los que se construyó el árbol genealógico de las familias.

3 Traducción de la autora.

levantan “hijos ajenos” es necesario explicarles desde pequeños quiénes son sus padres y familiares “biológicos”.

Aun así, lo que se evidencia en las historias a continuación y en el trabajo de campo realizado es que en los hechos y en las prácticas concretas estos niños son tratados de igual forma a los hijos reconocidos como “propios”. En el proceso de crecimiento, aunque se mantenga contacto con los padres biológicos, mientras los niños vivan con esta madre sustituta y ella vea por ellos, va a existir la autoridad y el cariño conferido por el tiempo y la presencia constante de esta figura parental en sus vidas. Luego de irse del lado de su mamá o papá de crianza, a menos que se presente algún percance mayor, estos hijos permanecen en contacto con ellos en el largo plazo. Entonces, aunque estas mujeres y hombres no pretendan ser reconocidos como padres de los niños, en la práctica, en la vida cotidiana y en las relaciones sostenidas a través del tiempo, se hace evidente que sí lo son. En la mayoría de los casos, esa relación llega a ser más cercana que la entablada con los padres biológicos.

La segunda anotación a la definición de adopción ya presentada, se refiere a la utilización del término *biológico* en las palabras de Howell y también en su uso a lo largo de este trabajo. Ha sido ampliamente reconocida la segregación hecha por los primeros estudiosos del parentesco entre la naturaleza y la cultura. En uno de los textos básicos para estos estudios, *Sistemas de parentesco y matrimonio* de Robin Fox, el autor plantea la reflexión en torno a la consanguinidad. Él expone que varía considerablemente quién cuenta y quién no como pariente consanguíneo. “Un consanguíneo es alguien a quien la sociedad define como tal, y el vínculo ‘sanguíneo’, en sentido genético, no tiene necesariamente nada que ver con ello” (Fox 1980, 31). Aunque en esta afirmación el autor relativiza la definición de la consanguinidad y la propone como una cualidad determinada socialmente, continúa su argumentación al respecto de la siguiente forma:

La conexión genética, efectiva o putativa [...] generalmente es la base de las relaciones de parentesco, e incluso cuando no es así, el vínculo genético es el modelo de las relaciones ficticias de parentesco. El caso más claro es el de la adopción; aún cuando el niño adoptado no está emparentado por la sangre con sus

padres y hermanos, puede encajar bien la denominación de “Hijo” (Fox 1980, 32).

Finalmente, el autor afirma que “[...] la definición de consanguinidad [como lazos de sangre] y afinidad [como vínculos por alianzas] no puede darse por supuesta y debemos tratar cada caso en sí”.

En esta exposición se evidencia que, aunque la intención del autor es ampliar la definición de quién es y quién no es pariente consanguíneo, resulta descuidado al decir que la conexión genética, efectiva o putativa, termina siendo el modelo de relaciones *ficticias* de parentesco. Aunque el autor no lo aclara, cabe pensar que cuando habla de relaciones genéticas se refiere a genealogías y no a la genética comprendida desde la ciencia de la biología. Pero continúa su argumentación diciendo que el niño adoptado no está emparentado por la sangre, lo cual contradice su reflexión inicial acerca de lo relativo de la consanguinidad. Aquí se presenta claramente esta dicotomía entre naturaleza y cultura: en la creencia de que existe una relación “real” e imponderable, biológica, que parte de hechos de la naturaleza igualmente aplicables a todas las sociedades. Claude Lévi-Strauss afirma al respecto: “[...] que todo lo que es universal en el hombre corresponde al orden de la naturaleza y se caracteriza por la espontaneidad, mientras que todo lo que está sujeto a una norma pertenece a la cultura y presenta los atributos de lo relativo y de lo particular” (Lévi-Strauss 1969, 41). Para otro clásico, Bronislaw Malinowski (1964) en su texto *Parenthood-The Basis of Social Structure*, la naturaleza precede a los hechos culturales.

La idea dicotómica contenida en estas aseveraciones muestra la preponderancia de este debate en la primera etapa de los estudios de adopción y parentesco en la antropología. Con respecto a esto, es conveniente comenzar a preguntarse si entonces las relaciones creadas entre una madre y sus hijos adoptivos no son una enseñanza acerca del carácter variable en la construcción del parentesco. Esta práctica, como institución social difundida y replicada en el tiempo, cuestiona la idea universal y etnocentrista que hemos manejado de la interacción sexual, la gestación y el parto como principales factores determinantes en la construcción de vínculos de parentesco, no solo en cuanto a herencias y alianzas (genealogía) sino en los mismos términos de la consanguinidad.

DELFINA, SOBRE SER MADRE DE CRIANZA

Esa noche llegué como a las ocho. La puerta estaba entre abierta y me metí sin tocar. Un señor barrigón, de bigote y colorado por el frío penetrante, estaba en la cocina haciéndole un caldo. Me indicó que siguiera a la habitación, en la primera puerta a mano derecha por el corredor de la entrada, frente al fogón. Estaba lloviendo profusamente y el patio central de la casa se inundaba con los goterones, ahogando las muchas flores raídas; lúgubre panorama que quedaba de lo que debió ser un antiguo hogar próspero. Era una estancia antigua de Murillo, toda de madera, con un amplio solar, con muchos cuartos ahora arrendados y con todas las puertas dobles, de esas que se encuentran en la mitad para cerrarse. Empujé una de ellas para ingresar a su cuarto. Los chécheres llegaban hasta el techo, como siempre. Al verme se puso a llorar.

“He estado muy mala, mamita. Por la mañana apenas pude arreglar al niño para mandarlo al colegio. Por ahí vino Ofelia un rato pero hace harto se fue y apenas don Libardo me está haciendo comida ahorita que llegó. Pero yo no tengo hambre⁴.”

Su cama, arrinconada a la mano derecha de la puerta, estaba llena de cobijas, de sacos y de trapos que procuraban ocultarla de la brisa helada que baja del nevado por las noches. No sacaba ninguna parte del cuerpo, solo la cabeza se veía debajo del envoltijo. La enfermedad la tenía diezmada, con la voz opaca y titubeante, sin fuerza, sin más ganas. Finalmente, en este punto crítico, yo era la única que estaba junto a su cama, sentada a los pies, tomándole la rodilla mientras me contaba de su profunda tristeza y de su preocupación. Tristeza por la vejez que llega implacable y preocupación por el pequeñito del que se hacía cargo. “¿Qué le va a pasar a ese niño si yo me muero?”

Don Libardo llegó con el caldo y una pastilla para la gripa. El señor me explicó que cuando entró ella estaba tumbada en la cama y “el niño estaba sin almuerzo”. Entonces lo envió por algo de mercado para

4 Todas las citas que se hacen en este artículo son transcripciones de grabaciones o apartes del diario de campo que registran las conversaciones con doña Delfina, doña Margarita y Manyi. Información recolectada en diferentes salidas de campo: noviembre de 2010, Semana Santa de 2011, agosto de 2011, diciembre de 2011, abril de 2012, junio de 2012 y agosto de 2012.

hacer y se quedó “componiéndole” un caldo trasnochado que tenía. Cuando salimos los dos del cuarto me informó lo que ya sabía: “es que esa viejita ha estado muy malita, y con ese chino que es más *alborotado*, peor ¿Usted es familia de ella? [...] es que como ella nunca tuvo los *hijos propios* pero ayudó a criar a un montón de peladitos”. Don Libardo se fue a su cuarto y cerró la puerta.

“Ese es buena persona”, me dijo cuando volví a entrar, “ese y Ofelia son los que *ven por* nosotros cuando yo me enfermo”. La ayudé a levantarse un poco, solo lo suficiente para que pudiera sorber el caldo. “¿Y este niño dónde estará? Él me preocupa mucho porque es que está muy *loquito* por ahí, muy *suelto*, le gusta mucho *la calle* y uno no sabe qué mañas pueda coger por ahí”. Cuando continuábamos con la penosa tarea del caldo, llegó Maicol corriendo por el pasillo de entrada. Llegó de sopetón y le saltó al lado en la cama. El niño, que entonces solo tenía cinco años, se le agarró del cuello y le decía “mamita, mamita”. Estaba angustiado porque su mamita estaba enferma y él no había conseguido los encargos que se le habían hecho.

Con el niño acostado a su izquierda continuamos hablando. “Es que yo tan enferma, y el niño por ahí. Él tiene más sitios a donde llegar, pero ese no se *amaña*. Él es muy difícil, como muy *arreatadito*”.

La noche siguió cayendo y el frío del páramo es una cosa de respeto: la humedad y la neblina de la altura penetran el cuerpo cálido y blando. Como el niño también había tomado sopa, decidí irme. No fue necesario que diera tres pasos luego del umbral de la casa para que el llanto se me cruzara con la respiración, con la saliva, con la rabia, con el abandono, con el final triste de la vida.

No podía dejar de pensar en sus ojos llenos de agua en las comisuras, ni en las arrugas profundas de su rostro. Conozco algunos de sus defectos, de sus chismes, de sus rabietas con otros murillenses, llena de maldad y de bondad; todos gente al fin y al cabo. Pero hoy eso fue irrelevante. En esta noche era ella, la que me tocaba a mí: clara, transparente, llena de amor y también de dolor, abandonada tras una vida de penurias, con el séptimo niño que en su vida criaba, como única compañía.

Las razones e interpretaciones se vuelven banales. Para comprender a las madres de crianza hay que sentir este relato. Una mujer que nunca estuvo sola, pues siempre mantuvo cerca una criatura, pero que

al final (de las cuentas y de la vida) no tiene mucha compañía. Su labor fue dar y pocas veces recibir. No hay queja al respecto, es como deben ser las cosas, eso significa ser madre. Ella crió, *vio por* sus niños, y ellos se fueron e *hicieron familia*. De seguro que hay muchos días buenos, como cuando Maicol la abraza y le dice “mamita la quiero mucho”, así como hay días malos, como el de hoy. Pero cuando ella mira hacia atrás, ninguno de estos días se ve más, ambos hacen de la crianza un continuo, un proceso, un *todos los días*.

En la cama, con los chiros encima, con el desorden alrededor y con el niño a su lado, así ha sido su vida. Maicol es su razón, pero también “*es la guerra*”, es su *desvelo* y es quien la dejará por un trabajo, por una mujer o por un arrebato. Toda su vida la ha entregado a su familia y a sus niños, su historia se diluye entre muchas otras historias. Ella es Delfina, pero Delfina son muchas. Muchas madres que se entregan, que se consumen y que se regocijan con sus hijos, los hayan llevado en el vientre o no. Muchas mujeres, que asumen todo esto, que se embarcan en la crianza pero con niños que no son *los propios hijos*, que son los *hijos de crianza*.

“¿CÓMO ESTÁ, SEÑORA DELFINA?”

Reconocimos la casa en donde nos habían indicado que preguntáramos; era de fachada morada con rayas verdes. Estaba en una esquina antes de la salida de Murillo por la vía a Manizales, carretera que atraviesa el páramo y el nevado. La puerta, como es usual, estaba entreabierta. Gritamos un saludo y seguimos⁵.

Lo primero que nos dijimos luego de los buenos días fue:

—Doña Delfina ¿cómo está?

—“Enferma, hija, enferma de tantas tristezas [...]. Hace menos de un mes que se me murió la niña. Ella murió el 25 de octubre, y hoy que es... 11 de noviembre [de 2010]. Tenía veintisiete años. Y dejó seis niños, el menor *está de brazos* todavía”.

5 Gran parte del trabajo de campo aquí presentado se ha realizado en salidas grupales programadas por el profesor Luis Alberto Suárez y el Departamento de Antropología, por esto en algunas transcripciones se señala la pluralidad de los visitantes.

La niña se llamaba Ingrid, de cariño le decía Niyi⁶, y había muerto de leucemia hacía quince días. Doña Delfina, para ese momento, aún estaba pasmada. No creía que había tenido que enterrarla; ella misma que fue quien le dio tetero, le cambió el pañal, le enseñó a caminar, la *levantó*, la vio irse cuando estaba *volantoncita* y luego regresar llena de hijos. La tristeza era desconcierto y el desconcierto era impotencia, rabia, injusticia. “Es que uno no debe enterrar a los hijos”, en sus palabras.

Maicol se parece mucho a su mamá Ingrid [continúa], a mí me da miedo porque él le heredó *el tipo de sangre* a la mamá, que era negativo, por eso le tengo tantos *chiritos* en la cama para *arroparlo*, porque él es muy *friolento* [...]. Con estas *hilachas* yo lo *arropo* a él [Maicol] aparte y luego le echo las cobijas, con las que yo me arropo, encima. Es que él se destapa mucho. De noche yo me despierto y lo toco, y eso está ¡como un polar!, con esos brazos fríos. Entonces hay que estar pendiente para volver y arroparlo.

El niño que ella tiene ahora es hijo de esta hija, “de Niyi, ella fue *hija de crianza*”. Maicol llegó donde doña Delfina desde que nació y nunca se ha ido. Niyi llegó una noche con sus tres hijos mayores y ya para *aliviarse* de Maicol:

Ellos llegaron un 3 junio, y Maicol nació el 26 de junio [...]. La línea que viene de Manizales pasaba tarde en esa época. Ya eran como las siete y yo estaba allá en la picita de la esquina. Cuando sentí que paró el bus ahí, y escuché como niños hablando. Se me hizo raro y salí a la puerta, cuando la veo y es ella, con los tres mayorcitos.

Ingrid abrió las mismas puertas que ya la habían resguardado, buscó protección y compañía en el hogar, con su “mami”, como le dijo siempre. Acostumbraba hacer eso, llegaba un día sin avisar y llenaba toda la casa, toda la vida. Asimismo, un día cogía sus cosas, sus hijos y se iba. Doña Delfina nunca sabía mucho de sus motivos.

Ella también era muy *arreatada*. Cuando estuvo *volantoncita*, como de catorce años, se fue con un tipo que le endulzó el oído y se la llevó por allá a una finca en Manzanares, Caldas. La dejé de ver unos años y luego regresó ya con los dos niños mayores [...]. Se

6 Ella se llamaba Ingrid Niyireth Camacho Durán. Era hija de una nieta de la hermana de doña Delfina.

fue y al tiempo [luego de un tiempo] volvió, ya con sus maletas. Tenía el otro niño y estaba para *aliviarse*⁷ de Maicol.

El niño nació en Murillo el 26 de junio de 2005. Solo tuvo que verlo:

Yo *lo recibí*, era un bebé lindo, todo lanudito, parecía un ovejo. Pesó algo más de sus tres kilos. Lo cargué y lo olí; tan rico que huelen los bebés ¿cierto? Me lo traje para la casa mientras ella hacía *la dieta* [...]. Cuando dijo que se iba yo no se lo dejé llevar. Qué iba a hacer ella con todos esos chinitos *por ahí*, mejor me lo dejaba acá que el niño iba a estar bien.

Ingrid era una mujer de amores, “era más *enamorada*”. Luego de un tiempo de haber dejado a Maicol conoció a otro hombre en Murillo, Abelito, quien “fue muy bueno con toda esa gente”, según doña Delfina. Él se la llevó a vivir a San Félix, en la parte caldense del nevado. “Ellos tenían formas. Él trabaja en una finca y Niyi lo ayudaba. Pero a ella le tocaba muy duro. Y ella tan jovencita no se cuidaba, imagínese, para el 2005 tenía... 21 años. Ella qué iba a saber que eso le iba a traer la muerte”. Así crecieron sus tres hijos mayores, Luis Enrique, “Enriquito”, el primero; Vivian Andrea, la segunda; y el tercero, William Alexander. Maicol siguió en la casa de doña Delfina, en las mismas tablas que albergaron a su mamá de niña.

En ese tiempo, Ingrid perdió cuatro embarazos seguidos. “Ella tuvo muchos hijos y muchas *novedades* [abortos]. Esa no se cuidaba, es que también algunas criaturas buscan la muerte”. Finalmente, tuvo dos hijos más, una niña y “un bebecito que *ella dejó de brazos*. Ella tenía esa enfermedad y no se cuidó, se llenó fue de hijos [...]. Yo aquí la tenía bien, pero prefirió irse a buscar mal; no fue grata esa muchacha”.

ADOPCIÓN Y CONSTRUCCIÓN DE LA CONSANGUINIDAD EN LA TEORÍA ANTROPOLÓGICA

En la década de los setenta, un renovado esfuerzo teórico y práctico surgió desde la antropología para tratar el fenómeno de la adopción.

7 Cuando las mujeres comienzan con los dolores del parto, se *enferman*, al igual que cuando les llega la menstruación. Luego de que nace el bebé se dice que se *alivian*.

El promotor más reconocido de este cambio de enfoque es David Schneider, quien en sus sucesivos trabajos (1972, 1980, 1984) planteó una nueva alternativa al paradigma biológico que había regido los estudios hasta el momento. La autora Nancy Levine, en su artículo de revisión *Alternative Kinship, Marriage and Reproduction*, expone ampliamente los aportes de Schneider: “En sus escritos, así como en dos importantes libros, Schneider cambió el enfoque de los estudios sobre parentesco de la función, la estructura social, las reglas y los tipos de sociedades, a un estudio de la cultura y, esencialmente, el significado, lo que las relaciones de parentesco significan para las personas”⁸ (Carsten 2004 en Levine 2008, 76). Schneider también critica asiduamente la idea predominante hasta el momento de que la biología y la reproducción humana determinaban las relaciones de parentesco (Schneider 1972). Él señala cómo la antropología había sido presa de esa presunción etnocéntrica, por la cual se daba por sentado que el modelo biológico y la biología, como las concebimos desde occidente, pudieran ser un modelo universal aplicable por todas las culturas (1980). Levine afirma: “Schneider también sostiene que las referencias americanas [estadounidenses] a la biología en sus discusiones sobre la familia y los parientes no necesariamente tienen relación con la biología como un proceso natural, más bien hacen referencia a constructos culturales, esencialmente simbólicos”⁹ (Levine 2008, 376).

Autores como Jack y Esther Goody también brindaron nuevas perspectivas a estos estudios. En su trabajo de 1969, el primer autor plantea la adopción como una institución cuya función era proveer hogar a huérfanos, hijos a parejas infértiles y herederos que continúen los linajes. Más tarde, en 1982, Esther Goody, partiendo de sus estudios de parentesco y adopción en el oeste de África, plantea la adopción desde un sentido práctico en el cual las responsabilidades relacionadas a la crianza se dividen entre diferentes padres. Así, unos engendran, otros dan estatus, otros crían y otros apoyan económicamente. Estas perspectivas, eminentemente funcionalistas, abren nuevas miradas menos centradas en la biología. Aunque, para este trabajo en particular, son

8 Traducción de la autora.

9 Traducción de la autora.

demasiado cortas en cuanto a las motivaciones y la carga emocional que guía a las personas a hacerse cargo de hijos adoptivos.

En los últimos años los presupuestos y el debate clásico entre naturaleza y cultura han sido reevaluados. Joan Bestard (1998, 202), reflexionando en torno a los métodos asistidos de reproducción, afirma:

En esta conceptualización del parentesco, y en la medida en que la naturaleza se refería a la uniformidad y la cultura a la diversidad, la relación entre naturaleza y cultura se pensaba en términos de oposición. El estudio del parentesco en las diferentes culturas podía considerarse como la afirmación de una respuesta plural a unos elementos uniformes de la naturaleza [...]. El parentesco ha dejado de tener un referente natural (la cópula sexual) para disolverse en la manipulación técnico-cultural (la fecundación *in vitro*).

El autor resalta el hecho de que “se ha considerado que la naturaleza era el objeto a partir del cual se iba construyendo la cultura” (Bestard 1998, 209). El hecho de que las adopciones sean denominadas como relaciones ficticias de parentesco, partiendo de este supuesto de relaciones “naturales”, dificulta la comprensión de la práctica cultural presentada, por ejemplo, en el norte del Tolima. Así, creo atrevido o poco comprensivo el llamar a este vínculo “ficticio”. El parentesco es, en definitiva, un constructo cultural, cuyos presupuestos naturales son determinados por cada sociedad y no porque en realidad exista una forma natural para ellas.

Continuando con el texto de Howell, la autora reflexiona en torno al denominado parentesco ficticio mostrando su amplia difusión en los trabajos de antropología: “Con mucha facilidad, las relaciones no biológicas de parentesco fueron caracterizadas como parentesco ficticio, ritual, artificial o pseudoparentesco [...] Se pueden hallar los conceptos de pseudoparentesco o parentesco ficticio dispersados por la literatura antropológica”¹⁰ (Howell 2009, 155). En adición, señala la importancia de los referentes biológicos —determinados por cada sociedad— que dan un marco de referencia a las relaciones de adopción, los cuales, como hemos expuesto, son tomados en cuenta por los habitantes del norte del Tolima, lo que los hace relevantes (Howell 2009,

10 Traducción de la autora.

152). Es un proceso semántico de doble vía porque la adopción da significado a lo biológico, al tiempo que las relaciones “creadas” limitan el significado de las relaciones “naturales”. Asimismo, para algunos casos el término de parentesco ficticio será aplicable cuando los grupos así lo reconozcan.

Por otra parte Mac Marshall, en su texto *The Nature of Nurture* (1977), plantea de manera temprana la relación subyacente entre la nutrición y el parentesco en Turquía. Su apuesta muestra que las relaciones de amistad y la nutrición de los niños son más importantes que la naturaleza a la hora de determinar las relaciones de parentesco en este contexto. Siguiendo esta línea de investigación, a partir de la década de los ochenta, diferentes autores analizan prácticas de adopción, llegando a conclusiones similares, aportando nuevos elementos y análisis del contenido cultural de dichas prácticas antes que de su carácter natural o antinatural. Una de estos autores es Anna Meigs, quien en su artículo “Blood, kin and food” expone cómo entre los Hua de Nueva Guinea la distinción entre parentesco real o irreal es irrelevante: ellos afirman que cuando las personas comparten la comida, algo de su esencia vital, a la que llaman *nu*, se mezcla; de esa forma se forja el vínculo de parentesco (Meigs 1986, 201). Meigs presenta cómo se crea un vínculo, que evidentemente no es ficticio, e invita a reflexionar profundamente acerca de estos diferentes entendimientos del parentesco que se ocultan y, de cierta forma, se desprecian bajo la mirada dicotómica de naturaleza y cultura.

Por otra parte, el trabajo de Mary Weismantel, *Making Kin: Kinship Theory and Zumbagua Adoptions*, nuevamente critica esta separación, reflexionando en torno a “lo natural” de las relaciones de parentesco y los modelos diferentes del mismo. La autora afirma en cuanto a la forma como se ha tratado hasta el momento el tema de la adopción en las ciencias sociales (Weismantel 1995, 688):

[...] dos estrategias teóricas para hacerlo. La primera, y tal vez más antigua, es la que Cardoso ha llamado la teoría del “parentesco compensatorio”: asumir que, aunque es común en todo el mundo, la adopción se presenta en una comunidad solo cuando el

parentesco biológico falla (como en el caso de los padres infértiles, niños huérfanos o ante la ausencia de un heredero barón).¹¹

Luego, con los ejemplos que su trabajo de campo le provee, Weismantel (1995, 695) expone cómo esta perspectiva de análisis es tremendamente corta para explicar una práctica sistemática entre los indígenas de la población de Zumbagua, en los Andes ecuatorianos, que refleja un profundo vínculo entre el niño y su familia “adoptiva”:

Aquellos que comen juntos, en el mismo hogar comparten la misma carne, en un sentido muy literal: están hechos de lo mismo. Cuando un niño Iza ha compartido suficientes comidas con la familia, todo su cuerpo está hecho de la misma carne que ellos, entonces el vínculo va a ser incuestionable y real para el niño y su familia.¹²

Con este nuevo ejemplo resalta también el papel fundamental de la comida en todo esto, el hecho de compartirla. Es decir, no son las sustancias las que construyen las relaciones (no es la sangre la que crea el parentesco), sino que son las relaciones las que dan o no relevancia a las sustancias (son las relaciones sociales y las construcción culturales las que dan el poder o no a la sangre de crear parentesco).

Quisiera resaltar del trabajo de Weismantel su aporte en torno a la reflexión de la separación entre naturaleza y cultura, previamente expuesta (1995, 695):

[...] Los humanos están limitados por los hechos de la naturaleza o pueden trascenderlos: o la biología importa o no. Mi desacuerdo con los dos extremos radica en su insistencia en que un “caso” como este de Zumbagua solo puede ser comprendido en alguna de estas dos formas restringidas [...] estos casos deberían ser empleados para reevaluar los mismos términos sobre los cuales el debate académico es conducido.¹³

11 Traducción de la autora.

12 Traducción de la autora.

13 Traducción de la autora.

La autora ha presentado previamente cómo su investigación desmiente esta dicotomía y añade una reflexión en torno a la forma como los investigadores analizan la información empírica. Ella señala que mientras los casos concretos muestran que el análisis no puede solo dividirse entre si importa la biología o no, los investigadores continúan tratando de encasillar sus trabajos entre esos dos polos. Entonces, la persistencia de esa separación en las investigaciones de parentesco resulta del desdén con el que se maneja el conocimiento de las sociedades a la hora de construir la teoría antropológica.

DOÑA MARGARITA, ACERCA DE CRIAR Y LEVANTAR

La habitación no tiene ninguna ventana, como suele ser en el campo y más en tierras altas, por lo que apenas se podía adivinar por entre los pequeños espacios del tableado que el día había comenzado. La humedad impregna el ambiente, el olor que la delata se ha asentado en toda la casa, incluso en las cobijas que en esas primeras horas se sienten pesadas y mojadas. En la cocina, doña Margarita ya debía estar bregando para prender la estufa de leña. Para entonces ya no quería salir de esa casa para nada; todo lo que me decían, lo que presenciaba, los momentos de silencio y tranquilidad, los destinos¹⁴ del día, los nuevos espacios que cada vez se me permitía conocer, eran desbordantes. Esa mañana fue la primera de muchas en que amanecemos juntas.

Era esa hora gris, en la que la penumbra se corta pero la luz aún no lo llena todo, algo más de las seis de la mañana, cuando entré a su cocina. Los días que hila¹⁵ se debe levantar “muy de mañana”. Prende la estufa que tiene voluntad y carácter propios, es lo primero del día, dice que “hay veces que uno le briega a esa verraca leña y no quiere, pero una vez que prende eso es en paro [muy rápido] que está el desayuno”. Toda la cocina se distribuye en torno al hogar, que está ubicado en la pared que comparte este lugar con la habitación principal, y así “la calorea”.

Pone a hervir la olleta con agua y panela. Si va a preparar el tetero de Julián, separa la medida del agua de panela en la olleta más peque-

14 Así llaman las personas del norte del Tolima a los oficios de la casa.

15 Proceso de convertir en hilo la lana de ovejo recién esquilada por medio de un huso, un peso que cuelga de este y las manos hábiles de la hilandera.

ña. Allí le revuelve la leche de vaca, con toda la nata, o dos cucharadas de leche Klim. Al servir coge la olleta con las manos desnudas, así se manipulan los recipientes calientes por las señoras que siempre han cocinado, cuyas manos ya están *enseñadas*. Si se trata del tetero del niño, la bebida aún está muy caliente. Es necesario *sentarla*, pasándola con rapidez de un recipiente a otro para que se enfríe. A medida que el líquido va cayendo, doña Margarita disipa el abundante vapor soplando con ligereza, pasándole su aliento. Así, queda listo para envasar en el tetero de pasta que le compró, “porque esos de caucho es en un momentico que los daña, los deja caer o les acaba el chupo”.

En general, siempre se comparte mucha esencia con la persona que cocina, pues son sus manos las que dan forma a la comida y su boca la que prueba el sabor. Esto, creo, une a las personas que comparten los alimentos, les da una misma esencia y las hace semejantes. Con los niños el contacto es aún más estrecho. Margarita le transmite su aliento al soplar sus bebidas y comidas y él, luego de terminar, le da el plato porque sabe que ella se sirve en el mismo recipiente. Todo el tiempo comparten y se comunican mediante la comida; al igual que ocurre a través del cordón umbilical, el ombligo, que es el centro y la vida. Es esa energía y esa fuerza las que en últimas *levantan*.

Siempre le pasa primero el tetero a la cama, para que vaya chupándolo con calma; eso le da tiempo de que se despierte. Así, él sabe que dentro de poco tendrá que levantarse para tomar el desayuno e irse a la guardería, “es que con estos fríos da mucho pesar madrugarlo tanto, tan de sopetón”¹⁶. Cuando Julián ya se está tomando su tetero en la cama, prepara el tinto “en un momentico”. Espera poco a que se siente el cuncho en la olleta y se lo lleva a don Rodolfo, su esposo, también a la cama.

Al terminar su tinto, don Rodolfo se levanta de la cama, señal para Julián de que debe hacer lo mismo. Cuando llegan a la cocina, las papas ya están blanditas, el arroz de la noche anterior ya está caliente, los huevos están revueltos en una vasija y el aceite para freírlos ya bota burbujas. Cuando ellos llegaron a desayunar, doña Margarita iba de lado a lado de la cocina para servir. Julián pedía insistentemente que su “mami” le buscara una moneda con la que estaba jugando la noche

16 De repente.

anterior y que en la mañana no lograba encontrar. Al ver que no le ponían atención a su petición, se paró junto a la anciana mujer, arrugó la cara anticipándose al llanto, la escondió en el vuelo de la falda y comenzó a sollozar.

Doña Margarita, de manera abrupta, se detuvo finalmente. Lo separó poniéndolo frente a ella y lo miró. Le dijo, “¡Bueno, ya!, deje de cansar. Va a tocar pasar por la pena con la muchacha y pegarle sus buenos correazos”. Esto hizo que el llanto se tornara más fuerte y lastimero, por lo que doña Margarita se volteó hacia el cilindro, donde siempre reposa una correa vieja de cuero, trabada en el primer hueco. “Venga a ver, si es que no va a hacer caso”. De inmediato el llanto paró, el niño abrió los ojos y salió corriendo de la cocina. Doña Margarita lo siguió con tranquilidad hasta el umbral de la cocina, desde donde lo vio meterse al cuarto nuevamente. Me mira y dice “no, es que no se puede dejar a *lo que él dé*; toca *atajarlo* porque si no cuando esté más grandecito *me la gana*. Pues no hay que acabar tampoco a los niños, pero hay que corregirlos”.

Cuando el niño se oye sollozar en el cuarto contiguo don Rodolfo rompe su silencio. Con su voz gruesa y pausada revela sus pensamientos. “Ese niño es de muy mal genio, eso es muy *volado*. Pero es que la mamá era igual. Vea chinita que ella se acostumbró a que no se le podía decir nada, hasta que un día se dejó convencer de un *man*, cogió las cosas y ni avisó, solo se fue”. El sonido agudo de unos nudillos golpeando en la puerta metálica de la entrada interrumpe su historia y lo hace levantarse inmediatamente a responder. Entra Janeth a la cocina con don Rodolfo, su papá.

Doña Margarita termina la idea de don Rodolfo:

Al final ellos se *humillan*. Mire a misia Delfina, con ese chino que tiene que es tan fregado. ¡Maicol es terrible! Pero eso las chinas esas que ella tuvo antes del niño se humillaron cuando tuvieron los hijos. Pero si ella no corrige a ese niño en un año ya se la gana. Eso le dicen, que entregue ese niño al Bienestar y más bien descanse. A veces lo amenaza y le dice que va a dejar que se lo lleven, pero ¡qué!... si a esa señora le quitan ese niño se muere. Ella está muy apegada a él.

Janeth continúa diciendo:

Es que la viejita es muy buena gente, pero con ese chino... que no se lo aguanta nadie. A ella le toca porque no hay nadie más que vea por él —hace una pausa reflexiva—. Verdad, esa viejita se muere y qué pasa con ese chino... Pero es que ella sí tiene la culpa porque lo tiene desde chiquito y lo levantó así, *enseñado* a estar en la calle.

—Ay, pero ella con tantos años y ponerse a levantar ese chino que es bien jodido — arguye doña Margarita—, que no es nada de ella.

—No. Pero es que ella levantó a la mamá del chino. Entonces es como si fuera la abuela.

—Pero ella no es la abuela—continúa doña Margarita—.

—Pero es como si fuera —explica Janeth— usted sabe que mamá y papá son los que levantan. ¿Cierto? —me pregunta—. Yo conocí a la mamá de Maicol desde china, era buena gente, sino que se metió con un tipo que tiene más resabios....

Es muy curioso que Janeth adopte esa posición en la que Maicol es nieto, mientras que doña Margarita afirme que él no es nada de doña Delfina. Janeth es la tercera de seis hijos que tuvo doña Margarita y Lady es la mayor de cinco hijos que ha tenido Janeth. Mientras que Julián es el mayor de dos hijos que ha tenido Lady. El niño que actualmente cuida es la segunda generación de la cual doña Margarita se hace cargo: ella crió a Lady y a otro hijo de Janeth. A ella la tuvo hasta que se voló con el papá de Julián, luego la volvió a recibir cuando él la abandonó. El hecho de que Lady haya decidido dejar a su hijo a cargo de su mamá de crianza y no de Janeth, que es “la propia mamá”, resulta muy revelador acerca de la fuerza del vínculo de crianza que une a dos personas.

Al continuar la conversación con don Rodolfo le pregunto:

—¿Quién es el papá de Julián, don Rodolfo?

—Eso era un tipo por ahí del campo. Es que la mamá de Julián vivía aquí con nosotros. Ella es nieta, nosotros también la criamos a ella y al hermano. Eso no fue sino que llegara el tipo este en una moto. A las cinco de la tarde la china ya estaba montada con él y por allá se la llevó para el campo. Pero le cuento, señorita, que muy miserable ese tipo con ella. Ya cuando quedó embarazada, ese ni le daba comida, le tocaba era lo que el suegro le diera.

—Por ahí cualquier *antojo*, nada. Le tocaba aguantarse—agrega doña Margarita.

—Le tocaba trabajar igual. Se alivió y lo mismo. Ya como al mes de estar de *dieta*¹⁷ fue que la trajeron al pueblo y la dejaron botada en una pieza, sin comida. Entonces a mí me dio pesar y le dije que viniera, que dejara al niño acá.

—Pero eso fue por boba —continúa doña Margarita— porque aquí estaba bien, tenía todo, hubiera terminado el estudio. Nosotros disque dejando la finca para que esos chinos estudiaran, yo quería hacer algo de ellos. El único que aprovechó fue Harold [hijo menor de doña Margarita, biológico], Lady y Andrés [hermano de Lady al que también levantaron] ninguno. Yo lo que le reprocho a la china es que recoja a sus dos niños y se venga y *vea por ellos*. Ella no fue criada por la propia mamá y se lo reprocha. Ella siempre me ha dicho mamá y me quiere mucho, pues cómo será que fue a mí a la que le dejó el chinito. Yo le digo “si ve, usted cómo le reniega a su mamá pero está haciendo lo mismo con sus hijos”.

Lady sabe quién es su madre biológica, incluso se encuentran constantemente en la casa de doña Margarita, pero para ella es muy claro que el vínculo de crianza que la une con doña Margarita es mucho más fuerte.

En las tardes, cuando el tiempo es más lento, se dedica a los destinos más suaves. Margarita es quien mejor conoce a Julián, piensa en él y reflexiona sobre los detalles que empiezan a develar su personalidad. Habla de su carácter enamorado, que tiene novias y le gustan las niñas. “Julián es caliente. Al tacto, todo el tiempo se siente tibio, siempre corre y se mueve, juega, por lo que no siente el frío, además es de mal genio, es *volado*”. Ese temperamento se relaciona con el calor, la actividad, el movimiento, la salud. Él es “humoroso”, es “fértil”, “mantiene sano y alentado, con mucha vitalidad”, afirma doña Margarita. El dicho dice “es mejor atajar que arriar”: un niño quieto y dormido, es considerado frío, “taimado” y enfermo.

Más tarde fue don Rodolfo quien, estando pendiente de su reloj, le que dijo: “doña Márgara ya es hora de ir por el negrito”. Cuando

17 Los cuarenta días después del parto.

salió a recogerlo a la guardería, doña Margarita me dijo: “el hombre ahora es que el que nos acompaña. Lo cogimos de tres meses y véalo ya cómo está. Él ya es como de la casa, él ya es de acá. Aunque el papá no le mande nada acá le damos todo. Mejor dicho, ya no lo dejamos ir”.

Janeth y Margarita siempre llegan del jardín. Las dos señoras van por sus hijos —los tres hijos menores de Janeth asisten al mismo jardín que Julián— y ambas regresan a la casa paterna a tomar *el algo*¹⁸. La casa se llena. Se hace de comer, los niños corren y se pelean, se ríen, Margarita y Janeth conversan en la cocina de las novedades del pueblo y Rodolfo y yo escuchamos atentamente. La señora Ofelia, una mujer que visita a varios ancianos y les colabora a cambio de conversa y comida, llegó a esta hora como es usual. Su voz aguda contrasta con su cuerpo ancho y bajo. Ella se queda de pie recostada en el mesón. Cuando nos ha servido comida a todos, doña Margarita se sienta en la misma banca junto a Janeth y sus hijos, apretujándolos; Julián se sienta en el borde de esa banca para compartir el plato con su “mami”.

Rubén, hijo de Janeth, que está en el medio de toda esa gente, saca una mano y la posa sobre las piernas de doña Margarita y le dice “gracias abuela”. Al ver esto, Julián se levanta rodeando a su mamá y le quita de manera muy brusca la mano, le dice: “no... quite... mía”. Los obligó a correrse y se sentó entre ellos. Todos los miramos y nos reímos. Janeth dice: “qué tal el chinito, no deja que nadie se le acerque”. Doña Margarita se le acerca y le dice “cuidado y me quitan un pedazo”. Se quedó en ese lugar, con los brazos cruzados y la cara escondida en la capota de su saco.

Ofelia, queriendo hacer la mofa por el nuevo guardaespaldas de doña Margarita, se acerca a la mujer y le empieza a enterrar el dedo índice a lado y lado de la cintura. La víctima no puede para de reír y de manotear. Le dice “ole Ofelia, quieta”, pero no puede mantener su habitual seriedad ante las carcajadas. Julián al ver la escena dice angustiada, “¿qué le está haciendo a mi mamá?”, y toma las manos de Ofelia y se las tira lejos del cuerpo de doña Margarita. Luego se arrinconó entre ella y la estufa de leña, dando la espalda a Ofelia y agarrando el saco de su mamá, muy molesto. La mujer extraña comienza a recorrer las

18 Comida ligera a media tarde o media mañana, por lo general chocolate o agua de panela con pan o queso.

costillas del niño con las yemas de sus dedos, buscando su risa, pero en lugar de esto enardece la furia de Julián, quien se voltea y trata de alejarla con sus manos. Entonces Ofelia le dice:

—Ella no es su mamá—, le dice burlonamente.

—¡Que sí!—grita el niño furioso.

—No, ella no es.

—¡Que sí!— repite.

—A usted no lo quieren por cansón— dice cantando de manera aún más tentadora.

—¡No!— dice furioso, volteándose a buscar refugio en su mamá.

Se le sube al regazo, acomodándose de lado y buscando el pecho para guarecerse ante la extraña que no cesaba sus ataques. Doña Ofelia lo chuzaba con el dedo en el lado expuesto del cuerpo y lo provocaba más, hasta que doña Margarita, sin dejar de abrazarlo, lo retira un poco de su pecho y lo mira: “¿no le da pena? Tan grande y todavía en el *canto*. Dígale: ‘Ofelia, respete a los niños. No me moleste más’”. La señora se retira, dándole espacio para que se recupere. Él permanece callado, escondido en su mamá. Ella empieza a mecerse en la banca para acunarlo, al tiempo que le susurra al oído, en un instante cálido y cercano entre ellos. Luego lo abraza más fuerte y coloca su mentón en la corona de la cabeza pequeña. Nos mira con confianza y dice orgullosa, “ve, ya tengo quién hable por mí”.

Doña Margarita me dice que es muy importante hablar con él y explicarle quiénes son sus parientes biológicos, aunque en sus relaciones de facto estas personas tengan un papel muy diferente.

Eso los niños son muy apegados al que los levanta, ellos se crían como con esas ideas. Pero eso sí hay que explicarles y decirles que uno no es la mamá, que la mamá de ellos es tal y cual pero que ellos están es con uno. Si no, de pronto ellos cuando sean grandes cogen resentimientos porque uno no les habla con la verdad. Igual, los niños saben a dónde pertenecen.

LA FAMILIA ELEMENTAL

Otra noción fundamental que fue principio de este trabajo es la de la *familia elemental*. Esta fue descrita por Radcliffe-Brown como pro-

veedora de bases para la formación de grupos domésticos de personas que viven juntas y que comparten lo íntimo del día a día. Comparto esta noción expuesta por el autor, quien continúa su definición diciendo: “De tales grupos existe una gran variedad. Un tipo común es lo que podemos llamar la familia ‘parental’, en la cual el ‘hogar’ se compone de los padres y su hijo mientras es joven o no se ha casado”¹⁹ (Radcliffe-Brown 1950, 5). El autor afirma esto para ejemplificar un tipo de familia elemental, basado en el modelo eurocéntrico y religioso (la sagrada familia). Y aunque hace un importante aporte acerca de las diferentes relaciones que pueden caber en definiciones tales como *parents*, aquí se refuta que este sea el modelo de familia elemental que se proponga para Occidente.

Casos como el de las madres “de crianza” del norte de Tolima, o casos como el divorcio, muestran que para nuestra sociedad ese modelo biparental no es aplicable. Por su parte, Fox, reconoce esta falencia en la definición del núcleo familiar, comúnmente presentado desde la *familia conyugal* constituida por el matrimonio de dos padres, como eje. Expone al respecto (Fox 1980, 34-35):

Los antropólogos la han señalado [a la familia conyugal] como la unidad “básica” y “universal” de la sociedad humana y, sin duda, de los sistemas de parentesco. Sin embargo nos parece una aserción de dudosa validez y utilidad [...]. El grupo social elemental e irreductible lo constituyen indudablemente la madre y sus hijos; pase lo que pase es imprescindible que esta unidad sobreviva para que perdure la especie.

Esta nueva perspectiva, en la que el modelo biparental es replanteado, resulta importante. Sin embargo, para este trabajo hay dos razones por las cuales la estructura elemental de familia debe ser aún más básica. Primero, por la poca flexibilidad que ha mostrado el autor a la hora de hablar del parentesco “real” o “ficticio” y, por tanto, a la hora de definir la noción misma de ser madre. Y segundo, por el conocimiento, en el trabajo de campo y en lo personal, de muchos casos en los que la persona que se hace cargo de la crianza de hijos (propios o ajenos) es un hombre. Así, el modelo de *familia elemental* que se

19 Traducción de la autora.

propone aquí es: una persona de una primera generación (parental 1) en relación con una persona de una segunda generación (filial 1). Pueden llamarse madre e hijo, madre de crianza e hijo de crianza, tío y sobrina; lo importante es que hay *un vínculo de crianza que los une*. El modelo de dos padres como resalta Radcliffe-Brown no es único, pero sí es el que gobierna el imaginario, al menos en Colombia. Esto se ve reflejado en las políticas, en las relaciones, en los prejuicios, que no han reflexionado acerca de la frecuencia e importancia que las prácticas de adopción informal tienen, no solo en los sectores populares y campesinos, sino a nivel general en el país.

MANYI, LA SEMILLA. LAS MADRES DE CRIANZA COMO UNA PRÁCTICA QUE SE HEREDA Y SE TRANSMITE

En la finca tenían marranos, gallinas, caballos de paso y pizcos. Ahuyamas, calabazas, mangos, mandarinas, naranjas e incluso papa criolla se cosechaban en las fértiles tierras. Entre las plataneras y los cafetales ocurrían los primeros juegos, las primeras correrías, los primeros tropiezos. Cuando Manyi habla de esta época la alegría la colma y las palabras se le agolpan, ansiosas ante la nostalgia.

Fue que papá fue un niño sufrido, la historia de mi papá es muy triste pero muy linda. Porque vea, él solamente tenía a la mamá y dos hermanos y mi abuelita murió cuando él tenía cinco años. Entonces él empezó a trabajar para los hermanitos, cuando pagaban centavos ¿no? Y a fuerza de juicio consiguió toda la plata que tuvo, es una persona muy admirable.

Su infancia fue corta. Por las lomas cálidas de Santa Teresa²⁰ trabajó haciendo mandados entre las fincas, muy distantes para los pies de un niño. De la familia de su mamá, su única familia, solo el tío Abraham le tendió la mano. El viejito, enanito y robusto, se llevó al niño a sus andanzas. Se acompañaban, uno huérfano y el otro soltero, y pasaban constantemente por la casa de los Guzmán, amigos cercanos de Abraham y tíos del niño. Con el paso de los meses él se iría quedando con ellos hasta formar parte de la casa. Allí conoció a Carlota Guzmán,

20 Corregimiento del Líbano, ubicado por la cordillera que desciende hacia el valle del río Magdalena, dándole un clima cálido pero no sofocante.

con quien se casaría, tendría cuatro hijos y viviría enamorado hasta el día en que murió. Manyi sentencia con contundencia: “es que en mi familia eso de las madres sustitutas ya lleva tres generaciones: mi abuela, mi mamá y yo”.

La mamá de Carlota murió antes de que se casara con su novio, por lo que ella sola se hizo cargo de sus cinco hermanos menores. Para cuando decidió formar un hogar, Carlos Arturo, el niño que antes hacía mandados, arriaba mulas y acompañaba viejos en sus travesías, había logrado comprar una finca ahorrando jornales e incluso le había hecho mejoras²¹.

El carácter inquieto, agraviado por la injusticia social, tan propio y natural de los habitantes del Líbano, siempre acompañó a la familia de Manyi. Las letras, las artes y la libertad fueron la principal herencia para sus hijos, propios o de crianza. Las lecturas en el corredor acompañaban las tardes calurosas de la finca y los hermosos e intrincados tejidos eran compartidos de la madre a sus hijas; lugares de encuentro y de silenciosa enseñanza.

Todo lo que Carlos Arturo y Carlota hacían, lo hacían por su extensa familia: esposa, hijos propios, de crianza y trabajadores. Siempre los protegieron, en medio de tantos conflictos —la violencia política constante en la zona— Manyi siempre pudo decir que su infancia fue feliz. Los detalles y las atenciones fueron la regla para ella desde que fue niña. El amor entre sus padres fue el que le dio forma a toda esta vida y este movimiento que se daba en torno a ellos.

Carlos Arturo nunca fue *tallador*²² con sus hijas ni con su mujer, los detalles entre los miembros de la familia eran amorosos y naturales. No permitía que sus hijas se metieran a hacer de comer, a coger café o a hacer destinos. Su esposa manejaba la casa y lo manejaba a él pero siempre tenía una mujer que le ayudara. Si no había empleada, todos los días él se levantaba a hacer el desayuno y les llevaba tinto a la cama a Carlota y a sus hijos, los que estuvieran aún en la casa. “Duerma mamachita”, le decía a Manyi luego de dejarle el pocillo caliente sobre el nochero. Los esfuerzos por sus hijos nunca fueron suficientes.

21 A los trabajos realizados en las fincas como desmatonar, rozar, podar, arreglar potreros y cercar de les llaman mejoras que aumentan el valor de las tierras.

22 Explotador.

Unice fue la mayor de los hermanos de Manyi y fue la mamá de Ivonne, primera de las nietas de la familia. Le gustaba mucho bailar y tomar, hacer fiestas en la casa y estar con sus amigos. Eso era lo que las llevaba a pelear siempre con Manyi, pues ella prefería quedarse en la casa con sus papás, atendiéndolos. “Era que yo era muy atenta con papá y mamá, siempre estaba pendiente de lo que necesitaban y los paladeaba mucho, en cambio ella no, no tenía como esa cosa”. Cuando Unice se fue a Armero a trabajar, Manyi ya se hacía cargo de Ivonne.

Después de Unice nació el Negro, Afranio, quien fuera el primer y más asiduo compañero en la vida de Manyi.

Es que éramos tremendos, muy necios, y además éramos inseparables. Muy buenos estudiantes, el Negro y yo siempre éramos los mejores del curso, nos eximían de presentar los exámenes finales, mejor dicho... Pero yo no sé por qué éramos tan necios. Yo no sé cómo yo soporté la ida del Negro. Se fue a estudiar a la Nacional de Bogotá con matrícula extraordinaria.

Al año de que nació Afranio, un 7 de agosto, nació Manyi. “Yo no me llamo así, pero siempre me dijeron así por una canción. Mi papá me la cantaba de bebé, dice como que ‘Manyi no llores’, algo así, entonces desde ahí”. Ella nació de siete meses, a las siete de la mañana, del siete de agosto.

El último parto fue el de Duber, “el neneco”, como siempre le dijo Manyi. Cuando el Negro se fue de la casa, Duber y Manyi se volvieron inseparables. Después de la partida de su hermano mayor, ella no volvió a estudiar, hizo hasta quinto de bachillerato y se fue para la finca.

Yo perdí muchas oportunidades por estar pegada de mamá y papá, pero es que yo no era capaz de dejarlos. Siempre fui la consentida de papá y de mis hermanos. Pues mamá me consintió después de que murió mi hermana, pero antes, papá y mis hermanos. Era que me podía llamar cualquiera de mis hermanos a medianoche, vaya a tal sitio, y yo me iba como fuera. Nosotros fuimos unos hermanos muy unidos... Tanto consentirlo a uno para al final morirse todos y dejarlo solo.

Duber murió en 1984 por un disparo en el costado, debajo de la axila. Una mujer fue la causante. El 13 de noviembre de 1985 murió

Unice, enterrada junto con Armero y cerca de 20.000 personas más que esa noche perecieron bajo la avalancha. Manyi es la única de la familia que no quedó sepultada en el Líbano. El Negro apareció muerto en un basurero de Bogotá en abril de 1989. Su amor y sus ideales lo llevaron y lo acompañaron hasta el final. Los cafetales, las plataneras, los padres, los hermanos, las novias, sus tres hijos; ninguno lo acompañó a morir. Una patrulla de la Policía se lo llevó junto con otros dos miembros del M-19. Carlos Arturo murió en 1991, Carlota en 1993.

Manyi siempre busca regresar por medio de los recuerdos a esa época en la cual su familia estaba completa aún, cuando vivían de la finca y llenaban el espacio con familia, amigos e innumerables hijos, propios y de crianza. Vivir con Manyi, aunque sea por unos días, es comprender y aprender cómo la vida le va dando la forma a uno. Hay que observar con cuidado, pues los resabios y los misterios que se le ponen a la vida son las más profundas herencias. La hora de levantarse es después de las nueve, la de acostarse después de las doce; a medio día se ven noticias y se hace la siesta; la cama se tiende con sus tres cobijas todos los días; todas las noches dobla las cobijas y se cubre solo con la sábana; la llamada a Ivonne y Giovanni es después de las nueve; el termo de tinto, el tarro con agua fría y el paquete de cigarrillos Continental siempre están sobre el nochero; la luz de la lámpara pequeña está prendida toda la noche, desde el primer desplazamiento no puede dormir a oscuras.

Le digo: yo no he superado la muerte de papá y mamá, ya han pasado como veinte años pero yo todavía no lo supero. Escucho las campanas para un entierro o algo y me da una tristeza, lloro. Por eso me gusta tanto estar sola. Con mis niños es con los que yo me amaño, pero tampoco me quedo por allá. Aunque ellos me consienten tanto....

Giovanni, hijo mayor de Afranio, llegó a la casa de Manyi a los dieciocho meses. Ella es la única mamá que conoce. Desde que llegó Milady, su hermanita, hasta que estuvieron levantados, los dos niños estuvieron ahí. Su tía, como siempre le han dicho, les dio estudio y se preocupó de que tuvieran todo. Ellos la acompañaron en los duros años por venir, crecieron con ella.

Ivonne siempre estuvo en la casa. Nació en el tercero de los cinco cuartos que hay de manera consecutiva, desde la puerta de entrada hasta la cocina y el patio, a lo largo del corredor que da forma a la casa. Unice, la nueva madre, pronto consiguió trabajo en Armero y dejó a su hija. De pequeña siempre le dijo mamá a su tía, y a su mamá le decía “quite de ahí”. Ya después empezó a conocer, le enseñaron ese orden impalpable para los niños.

Pero esa niña era tan apegada a mí que si yo no estaba se pegaba a llorar, porque es que dormía era agarrada a la trenza mía. Y hasta vieja dormía conmigo. ¡Y el Giovanni! Ahorita ya viejo, él viene solo y se acuesta en la orilla de la cama. Y yo empiezo, “papito, vaya acuéstese” y él “bueno, tía, ya voy”. Se hace el pendejo y ahí amanece. Y la Ivonne también, se acuesta ahí y se agarraban a pelear con Giovanni. El uno empujando para un lado y el otro para el otro. Porque uno se arrimaba mucho y el otro también. Eso es para gozar con esos muchachos.

Cuando se fueron de la casa los ayudó lo que más pudo. Luego perdió definitivamente la finca y quedó sola. Ahora estos muchachos son su vida, son la razón.

La llegada de Manyi a la terminal de transportes de Bogotá siempre es con jolgorio. La tienen que recoger allá para llevarla a algún lugar especial. Se sabe que cuando está en Bogotá con sus muchachos no está para nadie. Esa es su alegría: poder atender a su tía ahora, a la mujer que siempre vivió para ellos. Para su cumpleaños del 2012 la invitaron a almorzar y le hicieron reunión en la noche. La llenaron de los detalles sensibles que caracterizan la familia, le dieron su perfume caro que le gusta, el almuerzo en restaurante antioqueño y la torta con una flor bellísima.

Después de Ivonne y Giovany vino Carlos, el último hijo de esa generación. Su historia, como la de todos, está ligada a la de su madre, por lo que hay que empezar por ella. Ella era hija de una cocinera que hubo en la finca, fue dejada allá, abandonada a cambio de un nuevo marido que ofrecía promesas. Esa tarde cuando la mujer ya se iba, Unice la buscó y le dijo que no se llevara a la niña a sufrir, que la dejara en la finca. La niña se llama Esperanza.

En la casa del Líbano la recibieron para que terminara la primaria, pero la niña no fue buena para el estudio. No avanzaba, hasta que un día se les voló, supuestamente para trabajar. Manyi volvió a saber de ella unos meses después cuando fue a donde una tía de Bogotá; allá llegó la muchacha con el maltrato y las penurias en el rostro. De nuevo regresó al Líbano, pero esta vez la llevaron a la finca, a aprender del campo. Al poco tiempo de regresar empezó a enfermar, la niña estaba en embarazo. “Papá y mamá” la entregaron a Unice, no hablaron más con ella.

Quando se enfermó²³ Esperanza del niño yo estaba sin plata y papá no la trataba. Pues me tocó llevarla de caridad al hospital y yo costearle todo. Ropa para ese muchachito, todo. Yo tenía un novio que me quería mucho, alma bendita ya murió, él me ayudó, incluso duró como diez meses comprándole leche. Hasta que la porquería esa de mamá se nos voló. Como a los dos años me llamó, que estaba sufriendo mucho, que estaba en embarazo otra vez, ya tenía otro marido, que no le quería el niño y que estaban aguantando hambre. Yo le mandé un giro y le dije “voy a ir por el niño”. Fui y me lo traje de dos añitos y no lo volvió a ver hasta el 2000; nunca vino y yo tampoco se lo volví a llevar. Ahora cuando habla con él, Carlitos le dice: “sí pues yo sé que usted es mi mamá, pero entre otras cosas es que usted no me crió, a mí me crió fue mi tía”. Es que yo a Carlos le di el apellido y todo. Carlos era parte de la familia, estaba pendiente de las necesidades y de todos los acontecimientos. Pero es una mala mujer la que lo tiene alejado de ellos.

Milady también se levantó con ella, con Ivonne, con Carlos y con Giovanni. Estuvo en la casa incluso desde más pequeña que ellos. Pero de su destino fue otra cosa. Manyi en la vida siempre tuvo la opción de seguir la cadena, de volverse guerrillera y vengar los sinsabores de su vida. Pero nunca lo hizo, su opción fue quedarse en la casa cuidando de sus padres y los niños que por la misma guerra y la misma pobreza que motiva el conflicto, quedaban solos. Creo que el haber tomado ese camino, luego de ver todo lo que hacía por ella, es algo que nunca le perdona a Milady.

23 Así se refiere cuando una mujer entra en trabajo de parto.

Ella, desde temprano en su vida le fue dejando de una en una a sus tres hijas; todas bellísimas, delgadas, de rostros afilados, cabello negro y abundante. Las tres son muy Parra, se asemejan mucho a los rostros que me he ido formando a través de las palabras de Manyi y de verla a ella misma. La menor es Alicia, antes de ella nació Carlota y la primera fue Isabel. Alicia es vivo retrato de Manyi, además es su adoración. La Minchi le dice, porque es bajita y escueta de carnes. Era buena estudiante, muy curiosa, necia pero muy noble. “Uy, cuando a mí me quitaron esa niña casi me matan”. La tuvo desde que tenía dos años hasta después de cumplir los siete.

A Carlota, nombrada así por su bisabuela, no la recuerda con gracia. “Esa güipa lo que hacía era meterlo a uno en líos”. Una tarde de octubre, a la salida del colegio, las dos niñas no cogieron la ruta que la Tata, como le decían a Manyi, les pagaba; en un momento definitivo se las llevaron para que estuvieran con la mamá. Esa vez casi la matan de verdad. Manyi tampoco le perdonará eso.

“Yo no sé ni dónde estará, y yo no quiero saber nada de esa vieja, ni de Carlota tampoco. Solo de mi bebé, yo como lloraba por esa niña. Esa niña yo la tenía tan consentida, ella dormía conmigo...”.

Isabel quedó sola con ella, de diecisiete años.

—Y ahora a la Isabel no la he podido sacar del rincón. Y la mando para la cama y empieza “tata, tatica tengo miedo, me están asustando, ¿me puedo acostar con usted? Yo me quedo quieta”. Le tengo mucho pesar a la niña.

—Manyi —digo—, y usted con ellas, ¿es como si fueran hijas o como si fueran nietas?

—Pues también, como si fueran hijas. Porque yo por lo menos, lo que Isa me dice que quiere así yo tenga que comprar algo para mí, primero la niña. Y cuando estaba Alicia yo le pagaba transporte para que me la trajeran hasta la casa. Y ahora con Isa, si la entro al Isidro²⁴, voy a ver cómo hago para pagarle el transporte. Pagarle ruta para evitar que se me quede por allá gaminando.

24 Institución Educativa Técnica Isidro Parra. Es el colegio más tradicional del Líbano, de donde han salido cantidad de líderes y dirigentes sociales. Fue famoso años atrás por sus marchas y protestas que paralizaban el pueblo y que

—Entonces —insisto—, sumercé lleva como cuarenta años criando chinos.

—¡No, más!, si yo llevo desde muy pequeña. Porque es que igual a mí me han gustado. Y siempre que yo tenía niños era primero ellos; como nos enseñaron papá y mamá. Yo no heredé plata pero heredé güipas. No y sabe qué, a mí no me hicieron falta los hijos. Porque yo decía, para qué me pongo a tener hijos si yo tengo a mis sobrinos. Es que no crea que todo el mundo hace lo que hacían papá y mamá. Yo también por eso fue que me dediqué a criar tanto chino. Pues de ver tanto niño en la casa y que nos enseñaban a quererlos y todo, como que eran iguales con nosotros. Porque es que si había un niño allá, bajo el amparo de papá y mamá, lo que nos compraban a nosotros lo tenía el niño también. Es que yo he sido como he sido en honor a mamá y papá. Yo he tratado de ser así como ellos me enseñaron, con la generosidad, con el estudio, con los niños. Ellos a mí... yo no sé. Ellos como que me dejaron semilla, por eso yo hago lo que hago.

COMPENDIO DE PRÁCTICAS DE CRIANZA: GESTACIÓN, PARTO, DIETA, LEVANTAR LOS HIJOS

Las mujeres antiguas, mamás de nuestras madres de crianza, fueron hijas de su tiempo: retrataron en su vida el momento que les tocó y dejaron el precedente para las historias que vendrían. Vivían famosas *parteras* entre las fincas y veredas ubicadas subiendo hacia las cumbres del Ruiz, desde las tierras cafeteras del Líbano hasta las tierras productoras de papa de Murillo. Ellas comprendían los secretos y cuidados para atender a las madres y los bebés al momento de *dar a luz*, las llamaban constantemente para que llegaran hasta las casas donde las mujeres se *aliviarían*. Pero los cuidados de su parte se iniciaban al cuarto de mes de gestación, cuando había que comenzar a *sobar* a las madres para *atajar* los abortos, acomodar a los niños y no dejar *caer la matriz* por el trabajo constante y pesado al que las mujeres

daban la parada en las movilizaciones, incluso de las ciudades como Ibagué y Bogotá.

se ven obligadas en el campo. Colocaban sus manos sobre el vientre y buscaban sentir la cabeza y las extremidades de la *criatura*, así sabían si venía en la posición indicada e incluso si se estaba desarrollando bien, de acuerdo al tiempo que tuviera.

Cuando veían una mujer embarazada con el estómago todo caído, la ayudaban, empujando hacia arriba el útero con movimientos circulares de las yemas de sus dedos índice, corazón y anular. Cuando el sobijo era para evitar el aborto lo hacían con especial cuidado, *bregando* a *acomodar* al niño y si estaba *de poquito tiempo* fajaban a la madre, no muy apretada, fijándose que el niño no quedara debajo del fajero. Luego le daban agua de panela y un vaso de vino blanco que es de mucho alimento, con eso impedían que *se le fuera* el embarazo. Nunca accedían a sobar a una mujer antes del cuarto mes, cuando todavía no se ha *agarrado bien* el bebé, y después recomendaban sobar a la madre solo una vez al mes, evitando *pérdidas* y daños en los niños.

La compañía que brindaban las parteras debía ser emocional también. Debían tener el conocimiento y el *genio* para *lidiar* con las madres, para guiarlas y tranquilizarlas mientras ellas recibían a sus hijos. Las *paladiaban*, les hablaban mucho, les explicaban qué sucedía, que no tuvieran miedo, y les hacían infusiones de manzanilla para tranquilizarlas y *calentarlas* antes del parto. No era conveniente dar más yerbas ni medicamentos, el proceso debe seguir su curso.

Tan pronto el bebé nacía, lo golpeaban en las nalgas para que llorara y tomara su primera bocanada de aire. De inmediato, limpiaban al recién nacido porque los niños nacen como con una tela pegada que hay que quitarles, entonces se les quitaba con un *cobertor* nuevo y un poco de aceite si había. No se pueden bañar el mismo día porque se enferman, pues nacen *calorosos*. Al día siguiente se podían bañar con agua, en una tina pequeña con el fajero puesto para que no se les *derritiera* el ombligo.

Esa tripa, el *ombligo*, es el centro del cuerpo y de la vida. Esto es muy claro al nacer. No se puede cortar el ombligo sino hasta que salga por completo la placenta, culminando así el periodo en el que el bebé se encontraba dentro de su madre. Si se debía cortar antes, era necesario amarrar el extremo del cordón, que aún pertenecía a la madre, a la pierna con un hilo para que no *se fuera en sangre*, para que la madre no se desangrara por el cordón, ni la placenta se quedara dentro

de ella, causándole infección. En caso de que esto último ocurriera, las parteras siempre cargaban *salvavidas* (una especie de jarabe que vendían en las droguerías) que hacía que *ligeritico botaran la placenta*. Luego era necesario desinfectar por dentro la matriz con alcohol e Isodine, aplicados con una *pera*. También sabían que la placenta no se podía votar ni enterrar, pues la conexión con la mujer no se rompía tan fácilmente y al irse pudriendo, de la misma forma la madre iría enfermando, quedaría *dejativa* (término usado por las personas del campo para explicar que alguien entra en enfermedad). Era necesario quemarla en el fogón de leña o con gran cantidad de alcohol.

Colocaban luego la *faja* al bebé, hecha de un pedazo de tela garza que apretaba ligeramente el contorno con una *nodriza*. Los fajaban para que cogieran fuercita, para que no se les *brotara* el ombligo y para que no se *herniaran*, para eso es que tocaba apretarlos. Habían visto que si no se ataban bien, se ponían a berrear y se les salía el ombligo, se les veía largote y eso es que estaban herniados. En cambio, tenerlos fajados no: podían chillar y no les pasaba nada. Recomendaban mantener a los niños fajados mientras la madre estaba en la dieta, para que salieran *fuerzudos*. Si no se le apretaba la barriga al niño cuando estaba chiquito, no era capaz de levantar una arroba de grande, decían. Luego les ponían el pañal, tomando un pedazo cuadrado de la misma tela. Finalmente, vestían y arropaban cuidadosamente al recién nacido, tan vulnerable a cualquier frío o viento que viniera del exterior.

Con el paso de los días el ombligo se iba *secando*, hasta que entre una y dos semanas se *caía*, dejando definitivamente la cicatriz que indica el origen de nuestra vida. Mientras no se desprendiera, la vida de la *criatura* era muy frágil. El ombligo requiere cuidado especial: debían desinfectarlo con alcohol y cuando ya estaba seco, como un chicharrón, debían echar cebo de res cada vez que le cambiaran el pañal; así se precipita la caída del ombligo, entre más rápido mejor. En caso de ver que el ombligo supurara o cambiara de color, les pedían que compraran una vela de cebo y un poquito de alcohol, y se lo echaban *calorosito* cada vez que cambiaran el pañal. Cuando eso sucedía se decía que se *derretía el ombligo*: podía ocurrir porque lo cortaron muy chiquito o porque se lo halaron muy duro.

Muchos bebés nacían sanos y morían porque sus madres no tenían cuidado del ombligo o porque sus parteras se lo cortaban muy chiqui-

to. La medida para cortarlo era poner juntos todos los dedos, excepto el pulgar. La tira debía cubrirlos todos y debía quedar *aventajadito* [sobrando] para que no le faltara. Luego del corte, el ombligo empezaba a *echar para adentro*. Por eso, si no tenía el largo suficiente, quedaba *roto* el niño y se moría. Los bebés principiaban a *levantar del ombligo* por la vitalidad de este centro y los cuidados que requería.

En el parto, cuando el bebé se quedaba tranquilo, se dirigían a sobar a la madre para acomodarle la matriz, si no le *seguía caminando* y se le salía. Se debía hacer esto desde la parte más baja del vientre, masajeando en círculos y subiendo lentamente, hasta que quedara bien acomodada debajo del ombligo. Era necesario hacer esto el día del parto, a los tres días y luego otra vez a los doce. Así se aseguraba que el cuerpo quedara *organizado* nuevamente y no se deformara. Si las mujeres quedaban bien sobadas, luego de dar a luz su cuerpo se reacomodaba perfectamente. La última recomendación correspondía al cuidado de *la dieta*. Debían comer cosas calientes, con gallina, *tapando la comida* para que no le diera frío.

Para levantar a los niños, los primeros meses era solo pecho lo que les daban y había que mantenerlos cargados. Es un estado de indefensión total, por lo que son meses cruciales de cuidado. Luego, pausadamente se empezaba a notar que abrían los ojos, sostenían la cabeza, se sentaban solos, empezaban a gatear. Hasta ese momento, todo el tiempo permanecían cerca de la madre o en el *canto*, por lo que ella descansaba cuando aprendían a caminar. Para esto también era necesario dedicarles el tiempo, *contemplanlos*, eso a ellos les gusta y así se levantaban y se avispaban más rápido. Lo mismo se hacía para que aprendieran a ir al baño: los sentaban y los enseñaban a quedarse ahí hasta que hicieran. Así, dejaban los pañales antes de los nueve meses, quitándole la carga a la mamá de lavar seis o siete pañales al día.

Con respecto a la alimentación, no se les daba nada más hasta que tenían cinco meses, solo leche materna. Las parteras advertían que no se les podía dar sal a los bebés desde muy pequeños porque se atrasaban (no crecían). Después de los seis meses ya tomaban sopitas y empezaban a darles bocados muy tiernos. Carne se les daba pero molida o machacada, poquita. *Coladas* se les hacía pero de maicena o de plátano, que fueran *de alimento* y no pesadas, porque si les daba una colada como la de avena se enfermaban del estómago. También

empezaban a darles huevo pero por ahí media yema, porque a algunos niños les sienta mal, les da diarrea. Entonces, había que empezar de a pocos. Ya después del año se les da de todo. Cuando el niño comenzaba a consumir sal completamente, entonces sabían que dejaba de correr peligro ante el *yelo* de muerto ya que la sal lo ataja, por lo que se podían empezar a llevar a los velorios.

También al año de vida se les cerraba la mollera —que es una parte blanda, un hueco— que tienen los bebés en la parte más alta de la cabeza. Este lugar frágil es por donde ellos *resollan* (respiran), por lo que se ve como si palpitará. Como es un lugar de entrada de aire adicional, cuando se atoraban los bebés se les soplabá por ahí para que el aire volviera a hallar su paso. Tenían mucho cuidado con ellos hasta que ese orificio de entrada a la cabeza se endureciera.

Con respecto a la salida de los dientes, cuando eran niños de dentadura fina les salían como a los seis meses; cuando eran de mala dentadura a los cinco meses ya les brotaban. Entre más se demoraran más finos les salían. En caso de que salieran muy ligero, las parteras recomendaban cuidarlos lavándolos con soda, que es muy buena para fortalecerlos. También, cuando les iban a empezar a brotar, a los niños les daba fiebre y se ponían incómodos, entonces el remedio era coger una cebolla larga y abrirla para sacar el corazón, el puro centro, y eso se lo estregaban en la encía, duro. Les dolía, pero era ya que bregaban a brotarles los dientes.

Cuando les daba bronquitis les rebanaban panela, bien menudítica, y le echaban una cucharadita de aceite de almendras y de limón y revolvían hasta hacer un melado para darles. Si no, se les daba la violeta blanca, la flor, con un pedacito de pepa de aguacate, se hacía la infusión y se les daba. Eso es bendito para los pulmones. Esas eran las peores enfermedades que les daban a los niños.

La otra enfermedad grave era la tos ferina. Se sabía que tenían eso porque les daba una tos que no les dejaba pasar bocado. Cualquier cosa que se comían la devolvían. Para la tos ferina se les daba jugo de mango y miel de abejas, conseguían sábila y les hacían el preparado para después juagarlos con todo eso. Les echaban clara de huevo o aceite de almendras también. Como cada mal tiene su contra, si esto fallaba, entonces les conseguían la leche de yegua negra. El abrojo y los pensamientos también los utilizaban mucho para curar los males del pecho.

Esa es una mata fresca que ayuda en esos males. También procuraban esperar al menos una semana desde que los niños se alentaban para volverlos a bañar, pues era posible que así se les metiera un frío, ante el cual estarían vulnerables por la enfermedad.

Los males del estómago también se soban. Cuando los niños se enfermaban del estómago era que se les caía el cuajo, entonces tocaba sobarlos. Cuando los sobaban se sentía que sonaban como si estuvieran llenos de agua por dentro. Los dedos se pasaban con calma, con maña, para ayudar a apretar el cuajo. Luego se fajaban con un trapito, asegurando nuevamente el abdomen en su posición correcta. Y ahí se les iba calmando. Había que estar pendiente porque si no de eso se morían. Se les volvía tierra.

La infancia es crecimiento, es cambio, y a medida que los niños se van volviendo más grandes, corren menos peligro por las enfermedades. Luego ya eran los niños por ahí suelticos pero seguían al lado de la mamá. Cuando llegaban más o menos a los doce años, entonces se ponían *volantones*, más grandecitos, y se les podía enseñar a trabajar y a hacer *destinos*. Todavía no se valían solos, pero ya eran ayuda y le cogían amor al trabajo.

El momento del primer corte de cabello y de uñas era crucial en la vida de los niños. Se debe esperar hasta los siete u ocho años para cortar por primera vez el pelo, oficio que por lo general hacía la madre. Si se les cortaba el cabello estando muy chiquitos no saldrían forzudos o se demorarían en hablar. Para el primer corte de uñas se espera hasta el bautizo. Luego de recibir el sacramento les cortaba las uñas el padrino o alguien que no fueran los padres, porque si no el niño salía *manilargo* (ladrón). Esas uñas también las guardaba y en caso de que hubiera una de las habituales borrascas (lluvia delgada e intensa con fuerte viento), las echaban a quemar al hogar para aquietar.

REFLEXIONES FINALES

Cuando hablamos de prácticas de crianza y adopción nos referimos a un conocimiento implícito y explícito relacionado al proceso de dar vida, cuidarla y *levantarla*, constituye en sí un sistema de conocimientos y de prácticas. Para comprender la institución social

de las madres de crianza y el contexto sociocultural que la rodea, se exploraron a profundidad tres historias en los municipios de Murillo y Líbano. Todas las prácticas y conceptos señalados a lo largo del texto, responden a este sistema de prácticas y, en efecto, son utilizados y conocidos de manera generalizada por las madres, incluso más allá de estos dos municipios.

El conocimiento aquí expuesto forma parte de un sistema compartido e inconsciente de los pobladores del norte del Tolima. Es una teoría de la vida presente en las formas como la gente recibe y cría a sus hijos, propios o no; comprendiendo temperaturas, temperamentos, humores, plantas, enfermedades, fríos y calores. Es en la réplica diaria de este sistema de conocimientos sobre la crianza que se construye, en el norte del Tolima, la relación de consanguinidad entre madres de crianza y sus hijos. Es el intercambio de sustancias y humores de manera prolongada, el que vincula a las personas en el largo plazo y construye los afectos poderosos e impercederos que en nuestra sociedad caracterizan la unión entre una madre y su hijo. El sistema de técnicas y conocimientos construye la relación al ubicar el vínculo “biológico” en un segundo plano frente a la fuerza de estas otras sustancias, además de la sangre, y el tiempo en el que son compartidas. Estas conclusiones surgen de la observación y la participación etnográfica cuidadosa y prolongada, e intentan comprender el sistema en los mismos términos planteados por las personas. De sus propios conceptos surge este acercamiento etnográfico que se vuelve teórico en el campo mismo.

Para estas tres mujeres nunca habrá suficiente agradecimiento.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

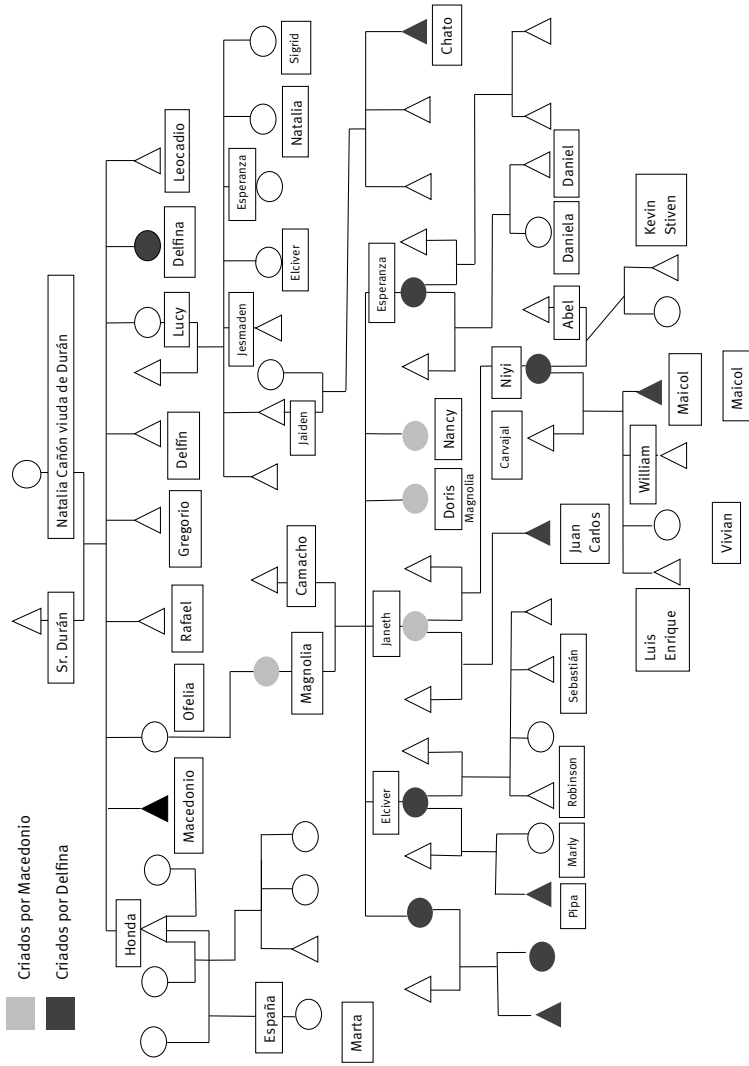
- Bestard, Joan. 1998. *Parentesco y modernidad*. Madrid: Ediciones Paidós Ibérica.
- Fox, Robin. 1980. *Sistemas de parentesco y matrimonio*. Madrid: Alianza Editorial.
- Goody, Esther. 1982. *Parenthood and Social Reproduction: Fostering and Occupational Roles in West Africa*. Reino Unido: Cambridge University Press.
- Goody, Jack. 1969. “Adoption in Cross Cultural Perspective”. En *Comparative Studies in Society and History* 11 (1): 55-78.

- Howell, Signe. 2009. "Adoption of the Unrelated Child: Some Challenges to the Anthropological Study of Kinship". En *Annual Review of Anthropology* 38: 149-166.
- Lévi-Strauss, Claude. 1969 [1949]. *Las estructuras elementales del parentesco*. Argentina: Editorial Paidós.
- Levine, Nancy. 2008. "Alternative Kinship, Marriage, and Reproduction". En *Annual Review of Anthropology* 37: 75-89.
- Malinowski, Bronislaw. 1964 [1930]. "Parenthood-The Basis of Social Structure". En *The New Generation: The Intimate Problems of Modern Parents and Children*, editado por Victor Calverton y Samuel Schmalhausen. Nueva York.
- Marshall, Mac. 1977. "The Nature of Nurture". En *American Ethnologist* 4 (4): 646-662.
- Meigs, Anna. 1986. "Blood, kin and food". En *Conformity and Conflict: Reading in Cultural Anthropology*, editado por James Spradley y David W. McCurdy. Boston: Little, Brown and Company.
- Radcliffe-Brown, Alfred. 1950. *African Systems of Kinship and Marriage*. Reino Unido: Oxford University Press.
- Schneider, David. 1972. "What is Kinship all About?". En *Kinship Studies in the Morgan Centennial Year*, editado por Priscila Reining. Washington: Anthropological Society of Washington.
- Schneider, David. 1980 [1968]. *American Kinship: A Cultural Account*. Estados Unidos: University of Chicago Press.
- Schneider, David. 1984. *A Critique of the Study of Kinship*. Estados Unidos: University of Chicago Press.
- Weismantel, Mary. 1995. "Making Kin: Kinship Theory and Zumbagua Adoptions". En *American Ethnologist* 22 (4): 685-704.

anexo 1.

Sobrinos, nietos, bisnietos, tataranietos, hijos de crianza de doña Delfina.

SOBRINOS, NIETOS, BISNIETOS, TATARANIETOS, HIJOS DE CRIANZA DE DOÑA DELFINA



anexo 2

Hermanos, sobrinos, hijos de Manyi.

HERMANOS, SOBRINOS, HIJOS DE MANYI

■ Personas que sostienen o sostuvieron una relación de crianza con Manyi

● Personas que sostuvieron una relación de crianza con doña Carlota, mamá de Manyi

